

Paul Cavalié

Egresado de la Facultad de Derecho de la PUC, Jefe de Prácticas del curso de Derecho Laboral.

Sin duda aceptaba que la opción ya estaba tomada; de ahora en más sólo sería cuestión de conseguir los libros y analizarlos, asistir a seminarios y conferencias, integrarse a los círculos de estudio y talleres correspondientes; en fin, vincularse con todo lo relacionado al Derecho Penal.

Lejano -pero sobretodo extraño- resultaba aquel tiempo cuando buscaba ubicarse dentro de esta profesión de abogado que, bien lo sabía, no reflejaba su vocación. Era también la oportunidad para evocar con tristeza la mirada severa, el pelo cano, la voz grave de papá y, mira hijo, yo sé que el arte, la literatura, el teatro, entiendo, pero no seas egoísta, piensa también en el Alvaro que ya acaba y la Rocío que entró a la secundaria. Entonces asomaba el rostro querido de Nora, tres años juntos, su comprensión cuanto no su complicidad y, claro, está bien eso de derecho penal, no te soportaría hablándome todo el día de letras de cambio, impuestos y esas cosas, yo misma le eché una mirada a tu nuevo código penal, vamos.

El libro que tenía ahora entre sus manos le había fascinado desde el inicio; se justificaba plenamente el entusiasmo del profesor cuando lo recomendó en la clase, y pensar que Pepetoño y el negro Francis se habían burlado, porque este era un curso de derecho penal y no de Literatura, muchachos, mejor leer entonces la Caperucita Roja para desagaviar al buen lobo, que además es de los nuestros, risas, ellos cuándo no.

Entonces era volver a Nora, cercana siempre, compartiendo ahora este juego apasionado de adivinar quién, porque a estas alturas, páginas ciento noventicinco, la enfermera de la abuela no podía ser, aunque no fuera más que por una necesidad de creer en alguien y por qué no en ella, si además se llevaba tan bien con la pobre Patricia, hasta podía decirse que fueron amigas; yo no diría que tanto, Nora; yo sí te lo aseguro, fíjate, página noventa y dos, último párrafo, mira bien.

Pobre Patricia, la muerte cuando apenas tres días para su boda y por fin largarse a Europa, la perfección de su danza en París, una casita blanca en Bordeaux, la cercanía de Michel para siempre, hasta que la muerte los separara, amén.

Atrapado en una maraña de sospechas e intrigas, no importaba faltar a clases, esto resultaba cada vez más

envolvente, pobre Patricia, el chofer podía haber sido. Entonces nacía su solidaridad con Michel que sí parecía un buen tipo y antes matarse él que tocarle un pelo a Patricia, si la había amado desde aquel primer encuentro en el París-Lima, escala en Panamá.

El pretexto, ahora lo sabía, era descubrir los móviles de un crimen, la psicología de un asesino, el derecho penal, etcétera, pero para él era más bien una oportunidad de escapar, de sentirse parte de un mundo que además creía controlar cuando reinventaba posibilidades, imagínate Nora, si Lorena no hubiera viajado la noche anterior al hallazgo del cuerpo, de seguro que tú sospecharías de ella, bueno pues, asumamos eso entonces.

Nora representaba el punto de quiebre, la pedrada oportuna para romper el peligroso cristal de su abstracción y volver, como en aquella temporada de intensa depresión y su rescate de los sicólogos, si no hubiera sido por ti, Nora, no sabes cómo odiaba esos mandiles blancos, la cercanía de la paranoia. Lo que empezaba a tornarse peligroso era su dependencia de Nora, ahora más que nunca, absorbo en esa historia que lo atrapaba y lo llevaba a una lectura no de uno-dos-tres sino de sino de tres-dos-uno o tres-uno-dos, donde los personajes compartían su cristal, donde la desgracia de la pobre Patricia empezaba a saberla familiar y próxima.

No podía continuar este extrañamiento absoluto; era imposible vivir agazapado aguardando la piedra sobre el cristal, como un despertador indeseado, no, mamá, no me pasa nada, no quiero saber de pastillas como la otra vez, avísame si Nora. Crecía también la sensación de estar cada vez más cerca del asesino, inexplicable, cómo pudiste atreverte, cortarles los sueños a un ángel como Patricia, tan bella, ahora danzando juntos dentro del mismo cristal, a punto de confesarle este absurdo amor que, bien lo sabía, no podía ser, porque allí afuera Nora, siempre, fiel, los brazos abiertos, aunque a veces me suceda no reconocerte, mujer, a pesar de tanto, pero ya no.

Ahora corría nervioso la mirada, su capacidad de asombro desbordaba sobre esta última página, tan increíble desenlace, tic-tac: el viejo reloj de la pared, tic-tac: esto debe ser una fantasía, tic-tac: Dios, qué me pasa, tic-tac: Nora, dónde estás; los gritos nunca devueltos, ahogados entre sus manos, tibio aún el puñal en su pecho, Nora muerta, un código penal tirado a sus pies.

(*) Ganador del Concurso del Cuento Jurídico organizado por la Facultad de Derecho de la PUCP.